
LA INSTRUCCION PREMATURA EN LOS NIÑOS.

I.

Es cosa muy comun el que las madres, encantadas de serlo —y sobre todo cuando lo son por la primera vez— deseen desenvolver lo más pronto posible la inteligencia de sus hijos, enseñándoles á pensar, cuando no deben hacer todavía más que sentir.

Apénas saben balbucear algunas palabras, ya quieren hacerles conocer las letras del alfabeto, á fin de que desde muy pronto sepan leer, lo que lisonjea sobremanera la vanidad maternal ; pero en cambio fatiga extraordinariamente el débil cerebro de los niños, y esta fatiga puede traer consecuencias muy graves para un porvenir, que todas las madres sueñan delicioso.

Siempre sublime en sus operaciones la naturaleza, parece que se ha prescrito á sí misma leyes inmutables que no se pueden allanar impunemente. Siempre segura de alcanzar el fin que se propone, marcha hácia él con tanta más seguridad cuanto más lentamente se aproxima. Querer precipitarla es retardarla en sus planes y en sus medios de ejecucion. El tiempo es el primero de estos

medios y se necesita dejarle la completa disposicion del mismo.

Si trasportásemos de repente de las regiones templadas de Andalucía á las regiones abrasadas de los trópicos, los árboles frutales de los que España se envanece con tanta razon, poco preparados, á pesar de la riqueza de su sávia, á esta temperatura fecundadora, privados del reposo ordinario que la naturaleza les concede al borde de nuestros frescos rios, á fin de reparar sus fuerzas agotadas, éstos árboles se abandonarían rápidamente á una vegetacion demasiado súbita y demasiado grande para que dejase de serles funesta.

Anchas ramas se lanzarian de sus troncos ; las yemas engrosarian en seguida ; las hojas se desplegarían con rapidez, se esmaltarian brevemente de flores, y á éstas sucederian los frutos.

¡ Precocidad funesta, que sería seguida de grandes desastres, porque absorbida por esta vegetacion extraordinaria, la sávia se agotaría en el tronco ; no estando preparados los órganos destinados á su elaboracion, los árboles languidecerían, sus hojas sin fuerza se marchitarían, sus flores quedarían secas, y los frutos, apenas formados, se agostarían, y caerían al suelo.

Sería preciso que un hábil jardinero hiciera detener todas estas producciones prematuras, porque sin esto el árbol mismo no tardaría en perecer.

II.

Los padres imprudentes, á los que un amor demasiado ciego extravía, deben tener presente este ejemplo, y

se evitarán muchos pesares y remordimientos ; porque así como la bondad, la belleza, en una palabra, la perfeccion de los frutos de un árbol depende esencialmente del vigor del tronco y del ramaje, así en el niño el desenvolvimiento de las facultades intelectuales debe estar subordinado á su edad y á su fuerza física. Sin esto, es muy fácil comprometer su vida, ó á lo menos su salud para siempre.

Jardineros ó cultivadores, así del cuerpo como del alma, los padres que aman á sus hijos con un amor serio y verdadero, deben evitar el apresurar una vegetacion que puede ser demasiado fecunda ; porque si obtienen frutos precoces, esos frutos no tendrán ni aroma ni sabor, y agostarán quizá el árbol que los haya producido.

Es indispensable dejar á cada edad sus trabajos y sus placeres : que en los primeros años piense sólo el niño en sus juguetes : más tarde aprenderá á leer, y entónces lo hará con prontitud y sin fatiga.

Cuando sepa leer, hay que darle algunas páginas muy sencillas, y que le distraigan más bien que fatigarle ; esas tiernas inteligencias se cansan muy pronto cuando quieren comprender lo que está fuera de los alcances de su edad.

Dejemos á los niños que lo sean el mayor tiempo posible, y sus cualidades intelectuales se desenvolverán tanto mejor.

Cuando se les empieza á instruir es preciso tambien hacerlo con orden, y no obligarles á aprender demasiadas cosas á la vez, lo que gastaría su memoria, y quizá se la haría perder.

Los cuentos infantiles, de los cuales, en un estilo completamente adaptado á la tierna comprension de los niños, se cuenta una fábula agradable, relacionada con los accidentes de la vida real, y de la que se desprende una moral pura y sencilla; esos cuentos infantiles son la lectura mejor para los niños, que acaban de aprender á leer.

Esta clase de libros—de la que desgraciadamente hay muy pocos en España—les deleita y les va inculcando dulcemente, y sin que se aperciban de ello, ideas nobles y elevadas, nociones exactas acerca del bien y del mal.

III.

Paréceme que, en cuanto á las niñas, es hacerles un grave daño el sembrar en su cabeza las semillas de la ciencia, que crecen con dificultad y dan siempre malos frutos; á mi juicio se desea hoy que las jóvenes sepan demasiado, y luego se las acusa de sobrado positivas, de poco ingenuas, de *poco jóvenes*, en una palabra, y acaso no es la culpa suya, si no de sus madres, por el método de educacion á que las sujetan: este método consiste en hacerles estudiar todo el dia una cosa tras otra, sin reservar algunos instantes para desenvolver los sentimientos del corazon, sin pensar en que todo se despierta y se cultiva á un tiempo en los niños.

Es necesario procurar, ante todo, desarrollar en las niñas el sentimiento de lo bello y de lo bueno; en su muñeca aprende de antemano los deberes de la mater-

nidad, y puede decirse que este juguete es su primer amor; con la muñeca se divierte y se instruye á la vez, pues aprende á cortarle, probarle y coserle los vestidos, y á educarla, acostándola, levantándola y llevándola á paseo á horas regulares, y repitiendo, en fin, con la muñeca, todas las instrucciones que ella recibe.

El esparcimiento y una libertad razonable del espíritu y del pensamiento es indispensable en los niños de ambos sexos: la extremada severidad, el deseo de que estudien en demasía, una seriedad exagerada, en fin, coarta las amables expansiones de la infancia, inclinan á las niñas al disimulo y á la melancolía, y quita ingenuidad á sus sentimientos y sensibilidad á sus corazones.

IV.

Por lo que toca á los niños, es tambien una grave equivocacion el creer que se adelanta algo en su educacion, apurándoles para que estudien todo lo posible; hay que estimular algun tanto á los perezosos; pero á los que son laboriosos por inclinacion y carácter, es preciso más bien contenerlos que empujarlos demasiado, porque los estudios se empiezan cuando las facultades intelectuales se desarrollan, es decir, cuando todo exceso es perjudicial.

Triste corroboracion de esta verdad es el caso que voy á referir.

Hace dos años, una familia que vivía en París contaba entre sus individuos un hermoso é inteligente niño

de edad de catorce años, que estaba preparándose para ingresar en la Escuela Politécnica: tenía aún que sufrir los últimos exámenes en el Instituto, y su afán por el estudio era extremado; sin dedicar ni un instante al reposo ó al esparcimiento del ánimo, pasaba todo su tiempo trabajando, y las noches sin dormir. Sus padres, deseosos de que hiciese unos exámenes brillantes, le animaban en vez de contenerle, y no veían la palidez y las ojeras que iban desfigurando el rostro del pobre adolescente.

La víspera de los exámenes cayó enfermó el escolar con una fiebre cerebral; su pesar, y el de sus padres, imprudentemente expresado, aumentaron la dolencia, y después de algunos días de estar suspendido entre la vida y la muerte, ésta separó al fin sus negras alas de aquella juvenil cabeza; las fuerzas y la vida volvieron; pero ¡ay! la hermosa y vívida luz de aquella inteligencia se apagó, para no volver á lucir jamás! El pobre niño quedó idiota para siempre.

Este terrible caso se ha repetido otras varias veces; no se puede abusar de las fuerzas del cerebro, y la tensión de éste hay que equilibrarla con el ejercicio físico; de no hacerlo así, es de esperar en tiempo más ó ménos largo una catástrofe.

Los padres, y sobre todo las madres, que son los ángeles guardianes de sus hijos, deben pensar siempre en el triste ejemplo que dejo referido, para evitarse el dolor mortal de verlo reproducido.

CORRECCIONES Á LA INFANCIA.

I.

Voy á tratar en estas líneas de un asunto que parece de poca importancia, y que, á mi pobre juicio, la tiene inmensa.

«El mundo marcha», como dice un gran pensador de todos bien conocido, y al marchar lleva por guía la sagrada antorcha del progreso: no es posible retroceder: la idea adelanta, y por más que se diga que nuestra época es descreída, la luz de la razón envía su destello al alma y robustece todas sus nobles facultades.

La progresiva cultura ha traído las buenas formas para todo: la insolencia, la grosería son ya miradas, y con razón, como repugnantes y despreciables: los hombres discuten, y no disputan, en nuestros días: una frase seca ó irónica hiere más que un bastonazo.

A la mujer se la exige cada día más cultura, y por consiguiente, más gracia y más suavidad: la mujer hoy rei-

na más por el ingenio que por la hermosura; más por el alma que por los sentidos; más la anhela el hombre como compañera y amiga, que como amante.

El hombre, por medio de la razón, debe realizar todos los hechos de la vida exterior. La mujer, por medio de su bondad inteligente, debe dirigir toda la vida interior de la familia. El hombre está llamado á instruir á sus semejantes por medio de la ciencia: la mujer á educar á sus hijos por medio del arte, que es lo bello. Porque la instrucción es lo externo, es lo que cada uno consigue mediante su íntima reflexión, avivada por el sentimiento fundado en el amor á todo lo verdadero, á todo lo bello, á todo lo bueno, que existe inextinguible en el fondo del alma humana.

La misión de la madre es y debe ser toda de dulzura y de persuasión, y teniendo arraigada esta creencia en el fondo de mi alma, no puedo expresar con palabras el sentimiento de horror y de disgusto que experimento cuando veo golpear á un niño con ceguedad y cólera: todo lo que hay en mi alma de noble y altivo se subleva y condena á esas madres, que no merecen tan sagrado y dulce título.

La madre sólo debe levantar la mano sobre sus hijos para acariciarles, para bendecirles: el castigo riguroso y severo pertenece al padre, cuando es preciso emplearlo: pero ni aún en los casos más extremos comprendo tampoco el castigo material, indigno de quien piensa y siente, y acaso más ultrajante para el que le inflige, que para el que lo sufre.

II.

Una mirada severa de un padre digno y honrado; una advertencia hecha seriamente; una reprensión á tiempo cubre de vergüenza la frente de su hijo, y no conseguirán los más crueles y repetidos golpes lo que estos medios no consigan.

Respecto de las niñas, el sentimiento de la dignidad debe ser en la mujer tan puro y virginal, que sólo con pensar en que alguno ha llegado á su persona para maltratarla, padece ya: no podría mi pluma expresar el odio, el desprecio que me inspira un hombre que maltrata á una mujer, y creo que el que es capaz de semejante villanía, debe ser muy cobarde con los hombres, y tolerará todos los insultos que le dirija el sexo fuerte: porque el que abusa de la debilidad no conoce más que la bajeza y la infamia.

¿Qué diré, pues, de los padres que golpean á sus hijas, de cualquiera edad que sean? Sólo una cosa: que las acostumbran á un trato infamante, y que harán de ellas mujeres sin dignidad y sin decoro.

¿Cómo se quejarán de un esposo que las maltrate, si ya están acostumbradas á la degradación y al ultraje? ¿Ni qué les importará una dignidad que desde muy temprano se ha debilitado, cuando debe ser el más firme sosten y el apoyo más fuerte de nuestro sexo?

La libertad bien entendida y razonada es precisa en todas las edades, y la criatura debe empezar á disfrutar-

la desde su más tierna infancia, es decir, desde que empieza á desarrollarse en ella la facultad de pensar, y aún otra que es más prematura: la facultad de sentir.

III.

No se puede *torcer la voluntad* de los niños en todo y por todo, segun era el sistema de nuestros abuelos: en vez de *torcerla*, en vez de violentarla, es mejor *dirigirla*: dejad al niño su graciosa iniciativa, su inocente malicia, sus ruidosos juegos; dejadle que desee, que pida y que se mueva, y no encerreis su voluntad, como un pobre pajarito en una jaula de espesos alambres, en los límites de vuestra severidad: á los niños no se les puede reñir por poca cosa, porque su oído se acostumbra á las convenciones y se pierde á sus ojos la fuerza moral: dejadles correr, saltar, gritar, cantar y aún romper; ¡ay! ¡los dolores de la vida les han de atar tan pronto con odiosas cadenas! ¡Es tan fugaz su inocente alegría, que el arrebatársela es un crimen tan inútil como cruel!

Basta, para corregir á un niño, demostrarle un semblante serio ó privarle de algunas caricias; porque las criaturas que se educan con amor son sensibles en extremo, y nada pule y labra mejor las índoles duras que el cariño y el lenguaje tierno y persuasivo.

Claro es que las faltas ya de alguna magnitud necesitan correctivos. Pero que éstos sean siempre de aquellos que no relajen la dignidad del alma, más despierta y susceptible en los niños de lo que algunos padres impru-

dentos se imaginan: lo esencial, lo preciso, es apelar al decoro, al pundonor del niño, en vez de rebajarle ante sí mismo: es hacerle entender este principio saludable.

«Te corrijo y castigo, hijo mio, para rehabilitarte á tus propios ojos, y no por abuso de autoridad ó de fuerza: lavado de tu culpa, volverás á estimarte y te estimarán todos: paga la deuda que debes á tí mismo y á la moral.»

Esta es la mision del padre; y al mandar á su hijo que se esté encerrado en su cuarto aunque sea un mes, al disponer que coma solo, privándole así de la sociedad de la familia, este padre digno y justo, que no se degrada hasta imponer un castigo corporal, será mirado por el hijo á quien corrige, con altísima estimacion y profundo respeto.

IV.

La mision de la madre es más fácil y más dulce: la privacion de un beso es ya un cruel castigo para sus hijos, que deben estar adheridos á ella como la hiedra al tronco que la sostiene.

Mas para quitar algo, y para que los niños sientan la privacion de lo que se les quita, es necesario darles mucho: es preciso tratarlos siempre con dulzura, con cariño, con indulgencia: es necesario que la madre sea ademas de su ángel protector, su amiga, la compañera de sus juegos; es preciso que el seno maternal, así como es fuente de vida para el niño, sea tambien su amparo y su refugio.

Por este método, los niños de ambos sexos, al llegar á la juventud, aún son niños dóciles para sus padres; mas cuando han salido de la infancia, la misión de la madre, sin perder nada de su delicadeza, necesita mucha más reserva: jamás debe mandar á su hijo, ya hombre, ni á su hija, ya mujer, nada en que sepa que la obediencia puede vacilar: jamás debe entablar lucha alguna en que pueda quedar vencida y desprestigiada su dulce autoridad: jamás debe chocar con sentimientos del corazón, con pasiones más fuertes que el cariño que la profesen sus hijos: debe provocar dulcemente la confianza de éstos, y aconsejarles con ternura y energía, pero sin dureza, y de esta suerte es seguro su triunfo y jamás puede ser vencida.

Dejemos al niño sus gracias inocentes, su ingenuidad su ignorancia encantadora: al tierno arbusto no se le exigen frutos en tanto crece; se le deja cantar respondiendo á las caricias de la brisa; murmurar á la hora en que la luna se asoma al cielo y aparecen las estrellas, para que después, árbol frondoso, dé sazonados frutos y protectora sombra.

DEL ÓRDEN Y DE LA ECONOMÍA.

I.

Ved aquí, mis buenas y constantes lectoras, dos palabras que encierran el secreto de la paz, de la alegría y de la felicidad de la familia: porque donde hay disgustos no hay contento, ni donde hay un fondo amargo puede haber dulzuras y dicha.

¡La economía! ¡Modesta virtud, que de tan buena gana preside el hogar, cuando se la acoge en él, cuando se la ama y se la consulta! ¿Por qué se le aprecia hoy tan poco, por qué se mira con desden su blanco y limpio ropaje, y se anteponen á su casta y dulce sonrisa los soberbios alardes de la ostentación y de la vanidad?

¡El orden! ¡Dulce auxiliar, al que conduce de la mano el ángel de nuestra guarda, que duplica las horas, y que alarga el tiempo todo lo que es necesario para los trabajos útiles y los inocentes placeres! ¿Por qué preferimos á él el torbellino de las diversiones y el deseo inmoderado de ruido y de aturdimiento?